

“DE LOS SABIOS, SE APRENDE”

Érase una vez un rey que mandó llamar a los más eruditos del país, y les dijo:

- He encargado a los joyeros de la corte que me hagan un anillo precioso, con el mejor oro y con una piedra preciosa en el centro. Pero quiero que ese anillo tenga en su cara interior un mensaje. Una frase corta que pueda ayudarme en momentos de desesperación total, cuando quizás que me encuentre solo, sin consejeros, sin bibliotecas que consultar,... sin nada. Quisiera asimismo que este anillo sea lo más valioso que pueda dejar en herencia a mi heredero, y al que le suceda, para que también les sirva de ayuda en los peores momentos. Ese anillo, que llevaré siempre conmigo, me recordará lo que debo poner en mi mente para no sucumbir ante un gran peligro...

Todos los que escuchaban eran grandes especialistas, estudiosos del saber en todas sus ramas. Todos eran muy capaces de escribir tratados, libros llenos de ciencia y reflexión, pero estaban desconcertados ante el encargo de resumir en un brevísimo mensaje palabras que al rey pudieran ayudarle en momentos de desesperación total. Reflexionaron y buscaron en sus libros, pero no encontraban nada apropiado que ofrecerle...

Entre tanto, había un anciano sirviente entre el personal de la Corte, que había sido también criado del padre del rey. Este hombre era de total confianza para el monarca. La reina-madre del actual rey había fallecido muy joven, y fue este sirviente el que cuidó de él. Por tanto lo trataba como si fuese de la familia. Es más, el rey sentía un grandísimo respeto por el anciano, de modo que también lo consultó. Y el buen hombre le dijo:

- No soy un sabio, ni un erudito, ni un académico de renombre. Sólo soy un hombre que ha vivido muchos años, y ha conocido a mucha gente. Durante mi larga estancia en palacio, aprendí mucho de quienes iban y venían, y hubo en cierta ocasión un místico, un hombre de Dios, que me abrió mucho el entendimiento. Era un invitado de tu padre, y mientras permaneció en palacio, me encargaron ponerme a su servicio. Antes de marcharse, como gesto de agradecimiento, me dio este mensaje que yo he meditado muchísimo...

Y le entregó al rey un diminuto papel doblado, pidiéndole que no lo leyese ahora. Más bien se lo entregase a los joyeros para que lo escribieran en el anillo, y lo leyera sólo cuando se encontrara en un apuro tan grande que todo lo demás ya hubiera fracasado.

Ese momento no tardó en llegar, el país fue invadido, el rey tuvo que huir para salvar la vida, mientras sus enemigos lo perseguían. Estaba solo y sus perseguidores eran numerosos. Llegó a un lugar del bosque donde no había salida sino un precipicio profundo, y sintió el escalofrío de cuando llega el fin. En ese momento, mientras escuchaba el trote de los caballos, se acordó del anillo. Se lo quitó y miró aquél pequeño mensaje que le entregó el anciano. Y decía simplemente: "**Esto, también pasará**".

Mientras leía estas palabras que le hacían tomar conciencia de lo efímeras que son las cosas en nuestra vida, notó que se serenaba, y además el galopar de los caballos se escuchaba cada vez más lejos: sus perseguidores debían haber perdido el rastro en la espesura. El rey se sentía profundamente agradecido al viejo sirviente y al místico, su mentor.

Pocos días después, lleno de confianza por este hecho que interpretaba milagroso, tras reunir a sus seguidores, el rey reconquistaba su reino, y entraba triunfante en la ciudad, saludando de pie en su carro a la multitud que le aclamaba. A su lado, sentado en el carro, lo acompañaba el anciano sirviente. Se sentía muy orgulloso de sí mismo y de sus hazañas mientras era vitoreado por las multitudes. En ese momento el anciano le sugirió que era de buena oportunidad para leer de nuevo el mensaje del anillo. El rey, sorprendido, replicó: ¿sí ahora no me encuentro en peligro ninguno? Pero el anciano le explicó que también en otras situaciones el mensaje era muy útil.

El rey volvió a consultar el mensaje del anillo: "**Esto, también pasará**". Y cuenta la historia que entonces el rey se sintió iluminado. De pronto comprendió el verdadero alcance del mensaje. Y entonces su orgullo había desaparecido: se había sentido iluminado. En ese momento el anciano le dijo:

- Recuerda que **todo pasa, nada permanece**. Como el día y la noche, los momentos de alegría y de tristeza. Son la naturaleza misma de las cosas. Siente la paz que se encuentra en el mero hecho de **VIVIR**, y sé dueño de ti mismo y de tus actos...

*¿Qué podría significar para ti y para mí en estos momentos de nuestra vida ese mensaje: "**Esto, también pasará**"?*

*Con afecto hacia todos, me hace pensar también en los que han sufrido destrucción y pérdidas por el temporal. Ojalá que entre todos hagamos que pronto "**esto, también pase**". No dejemos de brindar una mano amiga para hacérselo más fácil.*

Un gran abrazo, y mucho ánimo en los afanes de cada día.